

ARISTÓTELES

1. La Lógica aristotélica

Aristóteles es el primer filósofo que se propone programáticamente la tarea de una investigación de la estructura de la ciencia. O sea, es el primer filósofo que acomete, de manera expresa, el estudio de las formas y leyes del pensar científico. Platón había desarrollado, en esta línea, una *dialéctica*, pero la había entendido, en el marco de su teoría de las Ideas, en un sentido esencialmente metafísico. El mérito de Aristóteles será haber formulado por primera vez, y aún desarrollado largamente en su *Órganon*, un estudio sistemático de la lógica formal, sentando las bases fundamentales y dejando esbozadas y aludidas partes de la lógica que sólo muy recientemente han sido desarrolladas. Para Aristóteles, la ciencia será entendida como el conocimiento de lo universal, pues en este conocimiento se contienen todo el conocimiento sensible y particular que se subordina al universal. Este conocimiento universal será, por tanto, el más alejado de las sensaciones y se corresponderá con el conocimiento de los propios principios; algo que, en Aristóteles, va de la mano también del estudio de las causas, o lo que es lo mismo, del conocimiento del fin en vista del cual debe hacerse cada cosa. Este conocimiento o saber, en Aristóteles se dará por medio de la demostración, es decir, a través de un método lógico denominado silogismo, el cual, como teoría de la deducción, constituirá lo esencial de la lógica aristotélica.

El silogismo consistirá en la operación lógica de establecer relaciones entre las determinaciones de los seres sobre la base de lo que esos seres son sustancialmente, de manera que, si el conocimiento científico consiste en esto, es necesario que la ciencia demostrativa parta de premisas verdaderas, primeras, indemostrables, convincentes de manera inmediatas, más conocidas que la conclusión, anteriores a ella y causas de ella; los denominados *axiomas*. Es decir, según esta teoría, concluir (deducir o demostrar) significaría derivar un juicio —un predicado— a partir de unas premisas —el sujeto y el término medio—. Por supuesto, en Aristóteles también se dará una lógica de la inducción, es decir, aquella en la que no se deduce un extremo a partir de otro mediante el término medio, como ocurre en el silogismo, sino en la que se deduce el propio término medio. La inducción, por su propia naturaleza, derivará juicios que no podrán ser generalizables ni serán exactos, por lo que la inducción no será rigurosamente científica. Por esta razón, la teoría aristotélica de la ciencia se centrará, básicamente, en la noción de deducción o demostración que tiene lugar mediante el razonamiento silogístico y que proporcionará el conocimiento científico propiamente dicho.

Ahora bien, tanto el funcionamiento de la lógica, cuyo objeto no es sino el estudio de las conexiones necesarias entre las proposiciones de una deducción, como su necesidad de partir de organizarse a través de axiomas —y cuyo estudio nos conecta ya con su metafísica—, evidencian que, en rigor, la lógica, para Aristóteles, no se ocupa tan sólo del modo de *razonar* correctamente, sino de un modo más concreto, de las expresiones de esos razonamientos dados en un lenguaje. Es decir, sólo sobre proposiciones o enunciados es posible realizar el trabajo de análisis del que se pueden obtener reglas explícitas y precisas de uso, que es, al fin y al cabo, la tarea de la lógica. Es por esto por lo que la lógica no se considera como una de las disciplinas filosóficas, en sentido estricto, sino que se ve en ella una propedéutica y se la designa como *órganon* (instrumento) de la investigación científica.

2. Carácter lógico y ontológico de los principios del conocer

2.1. Los primeros principios.

«Principio» significa inicio, comienzo de donde algo procede. Aristóteles utiliza el término griego *arjé*, que era el que ya utilizaban los presocráticos para quienes tenía el doble significado de primero en el tiempo y primero en importancia. De ambos significados es este último el que se impone cuando Aristóteles señala al *arjé* como causa. Por lo que, si para Aristóteles «principio» no sólo designa el comienzo a partir del cual algo empieza a ser, sino aquello de donde procede algo en su ser, es fácil darse cuenta de que, para él, la idea de principio no sólo está presente en el ámbito del conocer sino también el del ser. Esto hace que los principios puedan y deban considerarse desde una doble perspectiva. En el plano de la lógica, se entiende por principio la premisa, la proposición o el conocimiento del que se parte para el establecimiento de otro conocimiento. En el plano ontológico, por su parte, principio es aquella realidad de la que procede, de alguna forma, otra realidad.

Para Aristóteles los principios desde el punto de vista de la lógica, en el marco de su silogística, son los *axiomas*, que son proposiciones indemostrables y evidentes de forma inmediata, y a los que accedemos en virtud de una intuición intelectual. Aristóteles llamará «*dialéctica*» a la búsqueda de estos principios. Esta dialéctica parte de lo singular, dado en la percepción, y de las representaciones habituales para elevarse inductivamente a lo general, de donde, a su vez, deberá luego descenderse para explicar y demostrar lo singular. La dialéctica sigue, pues, el camino opuesto al de la deducción. Pero como hemos dicho, el significado lógico de los primeros principios presupone también el significado ontológico o metafísico. Y esto significa que el contenido de los principios del conocer, en el plano ontológico, lo constituye la estructura ontológica de los objetos del pensamiento. Por tanto, se entiende por principio aquello de lo que algo procede con dependencia en el ser; por lo que los principios serían leyes del ser que señalan las condiciones necesarias para que una cosa pueda ser y actuar.

Estos primeros principios, serán en Aristóteles, el principio de no contradicción, de identidad, y de razón suficiente. 1) El ente como «algo» y el principio de no contradicción: las cosas se nos muestran como entes, o sea, como algo que es en oposición a la nada. Pero, además, ese «algo» está expresando también una distinción o determinación atribuible a todo ente y que puede predicarse de él. De este modo se hace posible la fundamentación misma del principio de no contradicción. Es decir, aquel que dice que es imposible que un ser sea y no sea al mismo tiempo y de la misma manera. Este principio es el primero y más fundamental de los axiomas, porque en torno a él no cabe el error, y porque todo conocimiento lo presupone. 2) El ente como «uno» y el principio de identidad: decir del ente que es «uno» significa afirmar su identidad respecto de sí al mismo tiempo que su diversidad con respecto de otros seres, a los que también les corresponde ser en identidad consigo mismos. Por tanto, puesto que no es posible que un mismo predicado pertenezca y no pertenezca al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto a un mismo sujeto, «todo ser es idéntico a sí mismo». 3) El ente como «verdadero» y el principio de razón suficiente: hablar del ente como «verdadero» es ponerlo en relación con el entendimiento. Y esta relación puede ser, o bien del entendimiento con la cosa (verdad lógica), o bien de la cosa con el entendimiento (verdad ontológica). La verdad como propiedad trascendental del ente es esta última, pues solo ella cumple los requisitos para serla, o sea, que todo ente es adecuado al entendimiento humano, y que no se confunde con el ente. Por tanto, «todo lo que se dice es o verdadero o falso».

2.2. La abstracción.

Al considerar las categorías como «modelos del ser», Aristóteles hace una distinción importante entre la sustancia, por un lado, y las demás categorías por otro. Esta distinción es necesaria porque las categorías pueden ser consideradas como los diversos modos en que algo se predica de las sustancias. Lo que se predica de una sustancia «primera» es la especie o el género al que pertenece. Por eso introducirá Aristóteles la distinción entre sustancia primera y segunda. La sustancia «primera» no puede ser predicado de ninguna otra cosa, sin embargo, en cuanto categoría, la sustancia «segunda» sería, como hemos dicho, el universal; la especie o género. Pues bien, a esta sustancia segunda se llegará, en el proceso de conocimiento, mediante la abstracción.

Aristóteles defenderá consecuentemente que la realidad la tienen los seres individuales existentes en el mundo sensible, o sea, las sustancias primeras. Y para poder tener un conocimiento científico de las cosas individuales, nuestro entendimiento debe captar elementos lógicos subyacentes en él, o sea, rasgos comunes a una clase o especie de cosas que explicarán su naturaleza. Esto significa, por un lado, que el conocimiento científico, como conocimiento de la realidad, nunca se refiere a lo particular, sino a lo general o universal. Pero, por otro, significa también que no es necesaria la existencia de las Ideas platónicas; a las cuales Aristóteles reduce a especies y géneros en cuanto predicados de las cosas reales. De este modo, sólo las especies o formas o universales pueden ser objetos del pensamiento discursivo, del que se ocupa la lógica. Y a esas generalidades o universales se llega a través de la abstracción.

Así, en definitiva, podemos concluir que el resultado de la abstracción es el concepto o la idea en sentido tradicional, mientras aquello de donde se abstrae es el objeto o los objetos percibidos por los sentidos. La abstracción es, por tanto, la operación del entendimiento en virtud de la cual se lleva a cabo la separación de un aspecto de un contexto total y unitario, concreto, sin que, por ello, supongamos que realmente se ha producido una separación real en el objeto paralela a la operada por el entendimiento. De este modo se opone a la intuición de las esencias o captación directa de las Ideas por la mente, tal como proponía Platón. Al fin y al cabo, la abstracción es la forma en la que las ciencias despojan al objeto de todo aquello que no les es útil, de esta manera, el conocimiento sensible consistiría en captar las formas sensibles de las cosas sin la materia, y el conocimiento intelectual, apartando de su objeto todo lo que no le es útil, recibe las formas inteligibles. Frente a lo que decía Platón, las formas inteligibles no subsisten en ningún lugar trascendente, sino que se encuentran en las formas sensibles, de donde deben ser abstraídas.

3. La Metafísica

3.1. La búsqueda de la filosofía primera.

El dualismo ontológico establecido por la teoría de las Ideas de Platón, que sostenía una escisión entre la realidad sensible y la realidad inteligible será puesta en cuestión por Aristóteles. Aristóteles diferenciará entre «filosofía primera», dedicada a la investigación sobre los principios trascendentes y no materiales de la realidad, y la «filosofía segunda» o «física». Debido a la ordenación de las obras de Aristóteles realizada por Andrónico de Rodas, los textos dedicados a la filosofía primera recibieron el nombre de «libros de metafísica», indicando que eran los que estaban situados a continuación de

los libros de física o filosofía segunda. Sin embargo, ese nombre, «metafísica», pasó a convertirse en la denominación tradicional de la filosofía primera.

En Aristóteles se observan diferentes definiciones de filosofía primera o «metafísica». Se definirá como ciencia de las causas y principios supremos, o aquella que analiza el ser en cuanto ser, o estudia la sustancia en tanto que sustrato último de la realidad, o aquella ciencia que investiga la sustancia suprasensible, es decir, a Dios. Esta diversidad de significados muestra que esta filosofía primera no era un saber establecido y definitivo para Aristóteles, sino que es la «ciencia buscada» con el fin de unificar y fundamentar sólidamente las diversas disciplinas particulares de conocimiento. Pero, en sentido estricto, ciencia sólo hay de los objetos que son necesarios y universales; ciencias son, en este sentido, las ciencias teoréticas.